

Kyara: mi vida de perros, un paraíso

OLGA MARTA BONILLA

Nací un 21 de marzo de 1999. Soy de la raza Coker Americana, hembra y de color champagne y esta es la historia de mi vida. No recuerdo cuántos hermanos o hermanas tuve, lo que sí recuerdo bien es que poco a poco se los fueron llevando, aún bebecitos, y sólo quedé yo con mi papá y mi mamá. Un día llegó una señora, un señor, un abuelo y dos niños, y la dueña de la casa donde vivía yo con mis papás me llevó en un cajita de cartón y me entregó a la señora. Todos desde que me vieron se enamoraron de mí y me hacían múltiples caricias. Después de un rato y de entregarle algo la señora a la dueña de la casa, partí hacia un destino desconocido sin siquiera haberme despedido de mis padres.

En el carro todos iban discutiendo qué nombre me pondrían, hasta que a uno de los niños se le ocurrió que por qué no me ponían KYARA, ya que así se llamaba la hija del Rey León, película de Walt Disney que estaba muy de moda en ese tiempo y efectivamente así me bautizaron.

Llegamos a una casa grande y hermosa y todos no hallaban qué hacer conmigo. La señora que a partir de este momento se convertiría en mi mamá humana me dejó con uno de los que serían mis tíos y se fue a comprarme todo lo que a partir de ese momento necesitaría: una tacita para el agua, una tacita para el alimento, una correa para sacarme a pasear, alimento y unos juguetes muy lindos que nunca pensé tener y además dejó haciendo una plaquita con mi nombre y el número de teléfono de la casa por aquello de que algún día me perdiera.

Mi mamá trabajaba, por lo que yo pasaba gran parte del tiempo con mis abuelitos. Mi abuelita me hacía cariño pero de larguito, en cambio mi abuelito no hallaba qué hacer conmigo. A veces era tanto el cariño que me prodigaba que hasta me quería afixiar cuando me alzaba, pero yo sabía que lo hacía por amor. Por suerte mi mamá llegaba a almorzar y entonces compartíamos un rato al mediodía antes de que se fuera de nuevo para el trabajo.

Duré como un mes para aprender que debía salir al patio a hacer mis necesidades y por esta razón me llevé una que otra regañada, pero nunca de mi mamá, ella jamás me ha alzado la voz ni me ha pegado.

Al principio, cuando llegué a la casa que sería mi dulce hogar, me pusieron a dormir en el patio, pero nunca en el suelo. Dormía con un primo de mi mamá a quien le habían acondicionado una especie de cuartito, bajo techo y con una cama muy suavecita. Toño se llamaba y me tomó mucho cariño, aunque a veces se enojaba, porque como comprenderán yo era una cachorrita, tenía dos meses y medio y solo quería jugar, entonces me ponía a morderlo y me acusaba con mi mamá, pero luego se le pasaba y de nuevo era mi amigo, casi mi hermano.

Transcurrieron dos años y el 7 de julio del 2001 a la 1 de la madrugada sonó el timbre de la casa. Eran unos policías preguntando que si allí vivía José Antonio Rodríguez Redondo, más conocido como Toño. En mi casa todos nos despertamos y mi abuelita muy asustada les preguntó a los policías que para qué lo buscaban. Toño no había llegado ese día a dormir ya que a él le gustaba el traguito y muchas veces había llegado de madrugada todo borracho.

Los policías le dijeron “el señor tuvo un accidente y está fallecido, alguien tiene que ir a identificarlo”. Ya podrán imaginarse el caos que se produjo en mi casa. A Toño lo querían como parte de la familia, ya que no tenía ni madre ni padre y mi abuelita, que era su Tía, lo quería como si fuera su hijo. A partir de ese momento nadie pudo dormir más y mis tíos y mi abuelo tuvieron que hacerse cargo de los funerales de Toñito.

Después de ese día tan triste, tuve que seguir durmiendo sola. La primera semana no fue tan difícil, pero conforme el tiempo pasó me fui sintiendo muy sola, ya que me hacía mucha falta su calorcito, ¡imagínense, nunca había dormido solita! Al menos desde que llegué a esa casa. Entonces empecé a llorar en las madrugadas, cuando el frío era más fuerte y uno de mis tíos, el que dormía más cerca del patio, se despertaba con mis aullidos, entonces se levantaba y me regañaba.

Un día, mi mamá se levantó de madrugada y yo la escuché, entonces empecé a llorar y ella para que mi tío no me regañara, me metió a la casa y me llevó a dormir con ella en su cuarto y no solo eso, sino también en su cama. No se imaginan la felicidad que sentí. Esa madrugada dormí como nunca antes lo había hecho y desde entonces jamás volví a dormir en el patio sino con mi mamá.

Mi mamá ha sufrido mucho conmigo por mis alergias, ya que todos los olores fuertes me causan picazón y también por mis ojitos, ya que he padecido de cataratas en los dos. Dicen que los dueños y las mascotas se llegan a parecer y a padecer de lo mismo. Debe ser cierto, porque mi mamá padece de la vista. Gracias a Dios, tenemos un veterinario muy bueno y profesional, el Dr. Chacón, el cual me ha visto desde que llegué a la casa de mi mamá, es muy cariñoso y muy amable y la veterinaria nos queda a los 250 metros de la casa por lo que no necesitamos carro para ir.

Cuando tenía tres añitos, empecé a tener problemas cada vez que estaba en celo. Me daban como ataques. La primera vez que me sucedió, a mi mamá casi le da un infarto del susto y salió corriendo a llevarme donde el Dr. Chacón. El le explicó que posiblemente cuando me venía la menstruación, me daba mucho dolor y de ahí los ataques y que si no me iba a sacar cría, lo mejor era que me castraran.

Mi mamá siempre dijo que si yo llegaba a procrear hijitos, ella no iba a tener corazón para quitármelos, regalándolos o vendiéndolos y en nuestra casa no había

tanto campo como para albergar a cinco o más perritos, entonces decidieron operarme. La cirugía fue todo un éxito y el día en que me fueron a recoger mi mamá llegó con uno de mis tíos y como si fuera un bebé humano, me envolvieron en una cobijita y me llevaron a casa. A partir de ese momento los ataques desaparecieron.

Transcurrieron tres años y de nuevo sucedió algo triste en mi casa. Mi abuelito, a quienes todos lo conocían como Melo, se fue a pie a casa de mi tío Gerardo, en Coronado, ya que a él le fascinaba caminar, esa era su vida y se llevó un aguacero tremendo encima. Tenía 84 años y le dio una bronconeumonía severa. Mi mamá tuvo que llevárselo de emergencia al hospital porque casi no podía respirar.

Desde que mi mamá se fue en taxi con él yo tuve un mal presentimiento y entré en una tristeza muy grande, a tal punto que no quería ni ladrar y eso que los que me conocen saben que soy bien escandalosa, pero es que él me chineaba demasiado, hasta llegó algunas veces a disgustarse con el vecino, Don Víctor Chavarría, porque me callaba cuando ladraba. Cuando esto sucedía, mi abuelito me decía: “lata, Kyara, lata, porque usted está en su casa y nadie tiene por qué callarla, lata Kyara, lata bien fuerte” y yo como me sentía apoyada por él, me desgalillaba ladrando. ¡Abuelito, jamás te voy a olvidar!

Mi abuelito estuvo internado en el Hospital Calderón Guardia durante seis días. Para entonces mi mamá estaba preparándose para viajar de vacaciones a México con mi primo Roy Marcel, entonces conversó con la Doctora que estaba a cargo de mi abuelito y ella le dijo que lo mejor era que suspendiera el viaje porque su papá estaba grave y en cualquier momento fallecía. Mi mamá llegó muy triste del hospital y la escuché hablar con Dios y decirle que si era su voluntad que mi abuelito regresara al cielo, lo hiciera antes de que ella se fuera y Diosito la escuchó. Ese mismo día, 21 de diciembre del 2004, a las 6 p.m., mi abuelito entregaba su alma al Señor, pero tuvo una muerte tranquila. Lo habían sedado y quedó dormido. Espero que se haya dado cuenta de que mi mamá todos los días lo fue a visitar y lo cuidó hasta el último día de su vida. En reunión de familia, mis tíos decidieron que mi mamá se fuera de vacaciones a México. Ella siempre veló por él y él ya no estaba entre nosotros, ¿qué más podía hacer? Fue así como el 25 de diciembre de 2004 mi mamá, aunque triste, se fue para México por ocho días y yo me quedé durmiendo con mi abuelita.

Como les conté anteriormente, tuve problemas con mis ojitos. Un día le comenta mi mamá a mi abuelita que nota en uno de mis ojitos una mancha blanca, pero mi abuelita le dice que es el reflejo de la cortina, que lo que sucede es que ella es muy exagerada; sin embargo, a mi mamá le quedó la duda. Para esos días tenía que llevarme al doctor a ponerme la vacuna anual y ahí él le indicó que yo tenía una pequeña catarata en el ojo. Dicen que ese es un problema de los perros peludos como los coker. Mi mamá le consultó al doctor sobre qué se podía hacer, pero él le manifestó que no existía en el país un veterinario que además fuera oftalmólogo. Como la catarata era pequeñita, no nos preocupamos mucho. Sin embargo, fue creciendo tanto y tan rápido que cubrió todo el ojo, pero no solo eso, sino que luego el ojo se puso rojo y empezó como a saltarse. De nuevo, me llevaron donde el médico y él le indicó a mi mamá que tenía la presión del ojo muy

alta y que si no lograba estabilizarla, había que sacar el ojo. Ya para entonces yo con ese ojo no veía nada.

Mi mamá lloró mucho y no quería tomar la decisión, pero mi Tío Bernor le dijo que se acordara de que si no se tomaba esa decisión, era muy probable que esto me causara un grave daño en el otro ojo. El le ayudó con el dinero de la operación y fue así como un día cuya fecha no recuerdo, me quitaron mi ojito derecho, pero como ya me había acostumbrado a ver con solo un ojo, ni lo noté.

En enero del 2006, mi abuelita se puso muy delicada de la columna. Casi no podía ni levantarse sola. Mi mamá la llevó donde una compañera del colegio que se había graduado como especialista en ortopedia y fue la Dra. Chan la que la curó, por supuesto con la ayuda de Dios y de los terapeutas del Cenare, donde la estuvieron llevando por un mes.

A partir de ese momento, mi mamá tuvo que tomar la decisión de poner una empleada a tiempo completo, la cual nunca habían tenido y fue así como llegó a nuestras vidas Margarita, aunque ella ya llegaba a mi casa una vez por semana a lavar la ropa, pero a raíz de la enfermedad de mi abuelita, se quedó con nosotros tiempo completo.

Margarita es una persona muy especial. Ella ama por sobre todas las cosas a los perros, tiene cuatro en su casa, por lo que fui muy feliz cuando mi mamá tomó la decisión de dejarla todo el día y como mi mamá viaja con frecuencia, Margarita se encarga de mí cuando ella no está; ¿que más podía yo pedir?

Mi mamá siempre se pasaba diciendo que muy pronto se pensionaría, pero al final no tomaba la decisión. No fue sino hasta agosto del 2006 cuando firmó la pensión. ¡La iba a tener todo el día en la casa, solo para mí! La felicidad no cabía en mi corazón.

Después de que mi mamá se pensionó, la escuché varias veces decir que ahora que estaría más en la casa, le gustaría tener otra perrita. A mí, como comprenderán, no me hacía mucha gracia, pues hasta el momento todas las atenciones eran sólo para mí. Recé para que esto no sucediera, pero de nada me valió. En octubre del 2006, mi mamá fue con Daniel, el hijo mayor de Margarita, a la veterinaria y regresaron con KYMBA, una perrita Snauzer, color negro con blanco y con un mes y medio de edad. Parecía que venían de la maternidad. Mi mamá la traía alzada, era tan pequeñita que ni se veía y Daniel traía la camita, la tacita del agua, la tacita de la comida, el alimento y un juguete. Igual que cuando me trajeron a mí, solo que a mí no me compraron camita.

Al verlos llegar con todo lo que traían, pensé: ¡le compraron camita, eso significa que va a dormir aparte y no en la cama con mi mamá y conmigo, qué suerte! Yo apenas la vi empecé a ladrarle y a ladrarle y la pobre lo único que hacía era salir corriendo. Entonces de nuevo pensé: ¡qué dicha, ya se dio cuenta de quién es la que manda en esta casa! Pero no lo crean, no fue así.

Como era tan chiquita, tuvieron que ponerle un collar con una campanita, porque todo el mundo la majaba. Al principio dormía solita en su camita, a la par de la cama de mi mamá y mía, pero conforme fue creciendo, en las madrugadas empezaba a llorar para que la subieran a la cama. Mi mamá la subía pero apenas se dormía la ponía de nuevo en la camita. Hasta que creció más y cuando tenía

como tres meses ya podía subirse sola a la cama, porque tiene las patillas muy largas. Entonces cuando menos se daba uno cuenta, ya estaba durmiendo a la par de mi mamá y de mí, por lo que mi mamá optó por regalarle la camita a mi prima Antonella para su perrito.

Con el tiempo nos hicimos buenas hermanas, pero a menudo tengo que enojarme con ella porque molesta mucho, me muerde las orejas, se me sube encima y además me quita los juguetes y eso que tenemos bastantes para cada una, pero es muy egoísta.

En enero del 2007, empecé a tener problemas con mi otro ojito, el izquierdo, el único que me quedaba. De nuevo se me hizo una catarata y el Dr. Chacón le dijo a mi mamá que si se me subía demasiado la presión del ojo, iban a tener que quitármelo también. Mi mamá casi se pone a llorar de nuevo y le dijo al doctor que como ella padece de glaucoma, el oftalmólogo le envió unas gotas que debe ponerse todos los días para tener la presión del ojo controlada y que talvez esas gotas me harían bien a mí y efectivamente dio resultado y aunque ya perdí la vista también de ese ojo, no tuvieron que sacármelo. Estoy ciega, es cierto, pero tengo tanto amor, que me ha sido realmente fácil adaptarme a esta condición y hasta he recuperado peso (estuve muy delgada), salgo sola al patio a hacer mis necesidades, sé donde está el agua y hasta saco mis juguetes del cajón donde mi mamá los guarda.

En la familia todos han sido amantes de los animales, especialmente de los perros. Mi primo Roy Marcel tenía una perrita, LAYLA, la cual se la habían regalado, y aunque no era fina, sí era bonita y además Roy la amaba mucho. Para enero o febrero del 2007, no recuerdo con exactitud, la familia de Roy decidió viajar a Condovac a pasar una semana de vacaciones. Siempre que salían de paseo, dejaban a Layla en la casa y un vecino se encargaba de alimentarla y darle vueltita de vez en cuando, pero cuando las cosas tienen que suceder, suceden. Por azares del destino, mi Tío Walter, el papá de Roy Marcel, le pidió permiso a mi mamá para dejar a Layla en la casa y así no pasara sola tanto tiempo. Ella aceptó encantada y en la noche Roy Marcel llegó a dejarla y al despedirse de ella, lo noté demasiado triste y tuve un mal presentimiento. Esa noche Layla no durmió nada, pasó solo llorando y no quiso probar bocado. A la mañana siguiente, mientras mi mamá se bañaba para ir a la Feria del Agricultor, dejó a Layla en el corredor para que jugara conmigo y con Kymba.

Kymba y yo ya sabemos que no debemos salir a la calle y aunque el portón del corredor esté abierto, ninguna de las dos nos salimos, pero Layla no quería estar en nuestra casa y aprovechó que uno de mis tíos tuvo que salir y se le escurrió por entre las piernas. A partir de ese momento todo fue un caos en mi casa. Mi mamá salió como desesperada detrás de ella y mi Tío Bernor también, pero corrió tanto que nadie la pudo alcanzar. Mi mamá pasó ese sábado buscándola todo el santo día, junto a Luisa, una amiga suya y ni rastro de Layla. Lo más duro fue cuando mi mamá tuvo que llamar a mi Tío a la playa y contarle lo sucedido y todavía peor cuando se lo dijeron a Roy Marcel. Cuando ellos regresaron de la playa, se dedicaron a buscarla por todos lados, pusieron el anuncio por internet, colocaron rótulos por todo el barrio, pero nada, nunca apareció. Mi mamá le pidió

mucho a Diosito por ella, para que estuviera bien y ojalá fuera adoptada por una buena persona. Ahora Roy Marcel tiene otro perro. Se llama Ringo y parece ser Labrador. Pertenecía a una familia que aparentemente lo maltrataba y una señora que pertenece a la Sociedad Protectora de Animales les dijo que si no lo querían, se lo regalaran y como ella sabía que a Roy Marcel se le había perdido su mascota, se lo ofreció y fue así como Ringo llegó a casa de mi primo.

Roy Marcel lo llevó a nuestra casa para que mi mamá lo conociera. Entonces ella le pagó la primera visita al veterinario. Lo vacunaron, lo examinaron, le compraron cama, juguetes, un pañuelo de la Liga y le dejaron haciendo una plaquita con el nombre y el número de teléfono, igual que la mía. Ringo es muy guapo y cuando llega a mi casa se pone todo contento, pero creo que la que le gusta es Kymba y no yo. ¡Claro, todo tontillo, le gustó la más jovencita!

Pero no sólo en las películas ocurren milagros. Sucedió que al cabo de cuatro meses, un amigo de mi primo Roy Marcel lo llamó para decirle que había visto una perrita muy parecida a Layla en un edificio de la Universidad de Costa Rica. Como ya era de noche, Roy dejó para el día siguiente ir a ver si en realidad era Layla y se hizo acompañar del amigo que la había visto.

Cuando llegaron al edificio, vio una perrita muy parecida a Layla. La llamó, pero al principio no le hizo caso. Entonces la llamó de nuevo y poco a poco se le fue acercando, hasta que por fin lo reconoció. Le cuenta mi primo a mi mamá que Layla lo besaba por todos lados y él a ella también.

Mi mamá la llevó donde mi doctor y la revisaron. Gracias a Dios, a pesar del tiempo que estuvo perdida, no tenía ninguna lesión. Sólo estaba un poco flaca, con pulgas y con parásitos. La inyectaron, le mandaron vitaminas y le pusieron una ampolla para matarle las pulgas. Para toda la familia, este día ha sido uno de los más felices que hemos vivido. Layla está de nuevo entre nosotros, bendito sea Dios.

Kymba también está operada. Apenas le pasó el primer celo mi mamá decidió castrarla, ya saben que ella no habría tenido corazón para vender ni regalar a nuestros hijitos si los hubiéramos tenido.

Yo creo que mi mamá quiere tener otra perrita, ya que en nuestro barrio hay una muchacha que tiene una Schnauzer blanca y parece que le van a sacar cría y ya mi mamá le encargó una perrita, aunque mi abuelita no sabe porque ella no quiere más, pero yo sé que cuando ya la vea, igual la va a querer como a nosotras. Además, mi mamá no le pone trabajo a nadie. Ella se encarga de bañarnos, de llevarnos al veterinario, de sacarnos a pasear, de recoger nuestras “gracias” y también Margarita le ayuda.

La novia de mi Tío Bernor, Sheila, tiene un hijito de cinco años, Gabriel. Cuando Gabriel llega a mi casa hay que prepararse para hacer ejercicio porque desde que llega es corretearnos por toda la casa y especialmente a mí. Me abraza, me sigue por todos lados y no me deja en paz ni un solo instante. Sé que lo hace porque me ama y yo también he aprendido a quererlo hasta el punto de que cuando pasan varios días y no viene, me hace falta, aunque cuando se va me deje exhausta. A Kymba no le hace lo mismo porque ella en otras oportunidades lo ha querido morder y entonces él la respeta, pero yo como soy tan dócil

se aprovecha de mí. Kymba y Gabriel pelean por los juguetes porque los dos quieren jugar con los mismos y entonces Kymba se enoja y Gabriel llora, pero al final también se quieren.

En nuestra casa, siempre se ha acostumbrado a rezar el rosario. Antes lo hacía mi abuelito y ahora que no está, mi mamá lo reza todos los días. Entonces cuando llega el momento ella nos dice: “Kyara, Kymba, vengan con mamá a rezar” y nosotras obedientes nos subimos a la cama y nos quedamos ahí hasta que ella termina, aunque a veces se queda dormida en medio rezo y nosotras también. Lo mismo sucede cuando va a tomar café. Mi mamá dice: “coffee, coffee” y de inmediato nosotras nos vamos para la cocina y nos paramos a la par de ella. Por supuesto, no nos dan café pero sí un pedacito de pan, pero muy chiquito porque la harina nos causa alergia, o cuando van a almorzar, Margarita toca una campana avisando que ya la comida está servida y la primera que llega soy yo, aunque a mí me dan alimento para perros pero si me lo como todo, mi mamá me premia con un pedacito de pollo.

Agradezco a Dios por habernos enviado a Kymba y a mí, a este hogar. Sé que hay muchos animalitos que han tenido la misma suerte que nosotras pero también sé de muchísimos que son abandonados, agredidos, envenenados, despreciados y eso me pone muy triste. Mi mamá dice que cuando el ser humano entienda por qué Dios puso a la humanidad y a los animales juntos en este mundo, su nobleza, la fidelidad que le profesan a sus amos y la compañía que dan, muchas cosas tendrán que cambiar.

Espero que mis hermanitos hayan tenido la misma fortuna que yo.

Finalmente, les digo que a pesar de ser una perra, no llevo “vida de perros”, al contrario, vivo en un paraíso, gracias a Dios.